

Setiembre Azul



MIRTA TOLEDO GRAÑA

Setiembre Azul

Mirta Toledo Graña

Quiero agradecer a mi familia: a mi esposo Álvaro, a mi madre, mi hermana, mi hermano y a mis amigas y amigos que me han brindado su incansable apoyo.

A Grisel y a Marcelo.

A los amigos de mi padre, y a todas aquellas personas que de alguna u otra forma, han colaborado para que este libro fuese una realidad.

A todos, con afecto, muchas gracias.

Mirta Toledo Graña.

A mi padre

*“...Por más que nos conmueva un genocidio,
el sufrimiento que nos toca hondo, y cala íntimo,
tiene siempre un rostro...”*

Zito Lema, Vicente “Conversaciones con Enrique
Pichón Rivière”
Amsterdam, enero de 1981.
Bs.As., Diciembre de 1984.

PROLOGO

Un prólogo es una invitación a la lectura. Palabras escritas, que buscan un lector para leer lo escrito por un autor. Para el caso mediatizado por el lenguaje. Y en el libro particular que me ocupa, las palabras encuentran su propia realidad, la de sus textos. Puedo agregar, que esto es ayudado por varios elementos: una selección entre imaginaria y real de los sucesos, que son reconvertidos dejando su propio espacio en la página. Sentimientos que se transfiguran en personajes, que aparecen una y otra vez, uniendo partes o momentos, y, a su vez, diferenciando.

El libro opera como una recuperación de la memoria que es personal, y que quiere ser colectiva. Treinta y Tres. Praga, la niñez, la cárcel, un arrozal, el salón de clase, la ausencia y el reencuentro, como pasajes donde se concretan un decir y una presencia.

Decir reflexivo, realizado por quien lo escribe, en movimientos constantes, que son, movimientos del tiempo, usados en provecho de la escritura. Apelando a una simbología personal, siempre controlada, que agrega significaciones. ¿Un pájaro como la evocación uniendo los recorridos? El pájaro como el padre, como el tiempo, como la poesía, en una zona fronteriza, nuevamente entre los hechos y la imaginación que recrea, o, mejor dicho, completa.

Ese querer ver lo de antes y lo de ahora”, visitar y habitar el recuerdo, la atmósfera del padre que dejó, para descifrarla, para fijarla, y recuperarlo para esa niña, para una ciudad, para quien sea.

Es decir, ahora el mundo ha girado y es su eco; se vuelve justicia. Y si bien esto es cierto, los personajes: el pájaro, Manuel, Setiembre, se van corriendo de su lugar y también los podemos leer en la elección de las personas del verbo que Toledo elige para escribir. En una de las prosas leo: “Mi nombre es Setiembre, pájaro libre”. Puesto que sabe que ese pájaro trae, o, lleva, lo

perdido, anulando los días del calendario como forma de escribir”, “lo olvidado y no recordado”.

Descripciones someras, sutiles, efectivas, asumiendo el riesgo, y esto no es dado porque sí, sino que todo aunado marca un silencio, internándose en una introspección de escritura, que es una búsqueda final de un “idioma mudo”, “porque lo que allí se observa habla por sí mismo”. De aquí las alas ni fechas ni horarios, de aquí esa mezcla singular de intimidad y despliegue de recursos, signados por una escritura que reflexiona. Vuelo en el tiempo que deja una estela de palabras, donde la recreación parte de una evocación concreta, que quiere ir al fondo de las cosas; nombrarlas. Instantes del libro, que no son fugas del aire, de alguien, sino presencia que alimenta, con eficacia, su lectura. Por tanto la invitación queda hecha; la palabra como un viaje que proponen estas prosas, llamando al lector a su lectura, y que pueda leer un rostro, unos gestos, “y registrar en cada mirada el mundo de ese instante

Marcelo Pareja, Octubre, 1998

El pájaro

AUSENCIA

Siempre hay una primavera después del invierno, siempre. Por lo menos en este país. Pero esta vez no sabemos que pasó, es como si la primavera hubiera seguido de largo. Quizás el mismo viento se la llevó y no la dejó tocar el suelo. Este suelo que siempre ante su paso se transforma, porque cuando ella pisa, y pisa fuerte, en su pisada queda la marca, y las semillas crecen, y el sol asoma, y renacen las flores, y vuelan los pájaros. Digamos que no sabemos que pasó; que por qué esta primavera del setenta y ocho nos salteó y en su evasiva nos dejó otra huella. La huella del dolor, de las manos atadas y frías.

Nos dejó llorando con las manos vacías.

MANUEL

I

Manuel del arrozal se encuentra sentado sosteniendo con sus manos su mentón amarillento. Su cabello, gris rapado, en nada refleja su cana cabellera larga al viento de otra época. Sus ojos tampoco son los mismos que soñaron el mundo, y que lo vieron. Ahora, mira un poco más allá, tratando de buscar lo perdido, lo inalcanzable, quizás un trozo de cielo tras los grises barrotes de la prisión.

Quiere hacer el viaje hacia sus sueños, su vida, pero esta vez no puede. Su boca se contrae en un gesto, al igual que sus puños, mientras que de sus ojos brota una lágrima. Se reclina poco a poco sobre sí mismo hasta apoyar el mentón en sus rodillas.

Ellos habían entrado a golpes, haciendo ruido y daño con su acostumbrada violencia. Ya no necesitaban de capuchas para producir dolor ni para esconderse. Habían sofisticado sus

métodos, bastaba destrozar en un segundo aquel mísero espacio en el que hoy transcurría su vida. Aquel gris y estrecho lugar que Manuel había decorado con palabras. Palabras que en la lógica del lenguaje, describían personas, sueños, mundos. De esta forma su pequeña biblioteca lo transportaba a viajes inimaginables por el conocimiento.

Ya no más libros, ya no más viajes. Una vez más su nido destrozado. Una vez más él y sus fuerzas para sobrevivir. Pequeño gran pájaro, otra vez sin alas para volar.

II

Habían pasado ya largas horas de cualquier reloj quieto, sin agujas. Un tímido rayo de luz iluminaba la pieza por entre las rejas, permitiendo ver, a trasluz, su figura desgarrada, desdibujada, ya sin rostro. Dio unos pasos, se agachó, y comenzó a juntar hoja por hoja de cada frase, de cada escrito, de cada libro, de

cada parque, de cada arroyo, de cualquier día, de cualquier vida.

Noté que su boca se movía Permanentemente mientras trabajaba. Me acerqué a escucharlo, y lo oí repetir las frases de aquellos libros de memoria. Finalmente se recostó en su lecho. Tomé su mano tiernamente y entre hojas y palabras que resonaban en la habitación, se fue adormeciendo muy lentamente.

III

Se posó en la ventana sacudiendo sus alas como ensayando su vuelo. Un fastuoso despliegue de azul profundo en abanico, invadió el recinto. Miró con firmeza el horizonte a través de los grises barrotes y pudo ver el cielo que hacía años no encontraba. También pudo ver más allá del cielo del horizonte, y sonrió como ríe un pájaro en su trinar, cual un sueño, Y ahora sí, con ritmo mágico volvió a agitar sus alas e inició su vuelo, inhalando y exhalando, y, en

cada movimiento, un mundo de sensaciones y de colores, pujando para salir, dibujando al fin con sus alas, piruetas de azul, gozosas en el aire.

Atrás, aquel triste y oscuro lugar grabado en su retina; delante, el infinito: lo posible y lo imposible,

los vuelos

SETIEMBRE

 Mi nombre es Setiembre, pájaro libre.
Entre pinceladas de rosa y de azul te vi
traspasar el horizonte, y venir hacia mí con
destino conocido. Apronto mi regazo y te espero.
Te reconozco en tu azul, en tu vuelo, en tu
imposible y en mi posible, porque se que vienes
a traerme lo perdido.

 Quédate conmigo. .Verás mi cielo, mi arena,
mi agua. Verás este paisaje que es mío, donde
mis ojos se posan cada verano con aquella
suerte de lo nuevo ya reconocido. Esta
percepción de mismidad irrepetible, una
mismidad diferente, el mismo fenómeno
mostrado distinto quiero compartirlo contigo.
Como el poeta describe la naturaleza con las
mismas palabras ordenadas, diferentes una y
otra vez porque el lenguaje perdió palabras; y en
esa suerte de no más palabras, el silencio: todo
un idioma mudo penetrando tus sentidos; porque
lo que allí se observa habla por sí mismo..

Quizás tú sentiste esto un día en parte distinto pero igual a este. Quizás, hoy conmigo lo vives como antaño, y ríes y lloras y te asombras como la primera vez.

Y tus ojos heridos (por tanta belleza) pestañean, y al abrirse nuevamente se vuelven a asombrar tal vez por milésima vez. Y como tienes alas no tienes fechas ni horarios que te amarren podrás verlo todo: lo de antes, lo de ahora, y lo de después: y registrar en cada mirada del mundo de ese instante. Ese registro te pido me guardes: el de cada instante vivido o imaginado porque me llevarás contigo y me enseñarás a traspasar barreras que no te dejan ver. Entonces juntos volaremos lo posible y lo imposible; lo vivido y lo soñado; lo conocido ya olvidado y no recordado.

UN RETORNO

Volviste a este tu río un veintitrés de setiembre, como se vuelve siempre en primavera. Porque los pájaros también se exilian, y como en sueño, retorno de emigrantes que en bandada regresan a su tierra, también te tocó a ti a quien tus mismas alas, llevaron por otros caminos, sin regreso. Sin embargo esas mismas alas te trajeron como tantos y como ninguno. Pero volviste solo, diferente y en otro tiempo. Y no sé si alguien te vio o te reconoció en tu atuendo azul. La forma es solo forma y se trasmuta, y tu forma, la del cuerpo sin el hombre ya no se recuerda.

Pero ésta la forma diáfana, la azul, la clara, es solo otra en tantas, pájaro emigrante que retornas.

La Ciudad te reconoce, lo presiento, en el susurro de las hojas de los árboles, en la amplitud de sus anchas avenidas, en la casa grande que al verte abre sus puertas y te deja

visitar tus viejos sueños. En ese escritorio, en esa silla en la que te sentaste.

En tus alumnos, en tus amigos. En los megáfonos, en los micrófonos por los que ya no se escucha tu voz.

La ciudad te reconoce, en cada esquina por la que pasaste, en el ruido de cada hoja seca que pisaste, en cada latido de tiempo plasmado en las grietas de las casas, en el color gastado de los muros. Lo presiento, la ciudad te saluda en cada susurro de voces escondidas.

La ciudad te reconoce, y en la sombra, las sombras mismas te saludan.

LA PERGOLA

Hay una fuente que alberga en su lecho ochos cintas cristalinas que en movimiento eterno evocan la vida.

Una ronda de brazos de cemento adornados de espejuelos blancos y azules se extienden hacia el cielo. En abrazos protectores se entrelazan, dejando espacios vacíos, marcando con línea invisible el afuera y el adentro, un tiempo y otro tiempo.

Basta que un pie, sea éste grande o pequeño, traspase ese límite para que todo se transmute en calesita, y todo gire y gire.

La fuente permanece y el único sonido que se escucha es la risa. Ya estás en el adentro vertiginoso de la fuente de la vida.

Me arrimo a una columna que me abraza y me sostiene. Una cerámica azul se vuelve casi cristalina, y me presta su pulida superficie para que mire. Veo como los árboles pasan del verde al amarillo y a la nada, y luego el verde nuevamente; veo el viento, la lluvia, el calor y el

frío; veo a los padres y a los niños; veo a los niños hacerse grandes, a los grandes hacerse viejos, y veo a los viejos morir entre hoja y hoja seca. Entonces busco a los niños nuevamente, y los veo allí, girando también en la calesita.

De pronto te veo a ti: Azul en el azul, bebiendo el agua de la vida.

Me alejo del azulejo ya tranquila, con el azul en el azul, en mi retina, me recuesto en un banco acariciada por el sol, y con los brazos tras la nuca, me quedo dormida.

EL TUNEL

Pájaro azul y Setiembre llegaron a la ciudad, cruzaron el río, sus puentes, dejando atrás el bulevar. Azul depositó a Setiembre en la vereda frente al 1196 de Caledonio Rojas y se retiró. La niña lo vio alejarse y sintió un escalofrío. Descalza, con su vestido celeste decolorado por el tiempo, temblaba, frente al enorme escalón de la calzada. Se sentó frente a la casa: una extraña fuerza la mantenía inmóvil mientras sentía la noche envolverla con su manto negro y frío.

Observaba la puerta de madera desgastada, que se abría y cerraba, dejando paso a hombres que entraban y salían.

En determinado momento la puerta quedó entreabierta crujiendo, ese crujido, semejante a un lamento en la noche, atrajo a Setiembre, que se arrimó a la casa, y la puerta le abrió paso. A pesar de la oscuridad pudo escuchar unas voces; “Tienes que irte, todo está listo”. Como

respuesta se escuchó un “no” rotundo, que caló hondo y acalló definitivamente las voces. Los hombres viendo que nada podían hacer se retiraron, y la niña cansada se quedó dormida en un rincón.

El aroma a gladiolos la hizo estremecer y abrir los ojos, frente a ella. Manuel esperaba sentado, con su niño en brazos. Se levantó, dejó al niño en el corral, y con calma, llenó la pipa de tabaco y la encendió. Setiembre lo miró a los ojos y pudo ver en ellos una gran firmeza. En la pared, un almanaque indicaba el año 1972 pero, cosa extraña, las hojas que marcaban los meses y los días, se iban volando una a una por la ventana.

El aroma a gladiolos se volvió más intenso, mientras todo quedaba nuevamente a oscuras. En el lugar de la puerta había un túnel verde por el que asomaban pequeños hombrecillos verdes que impulsaban a Manuel hacia el interior del túnel bruscamente, siendo devorado por la inmensa boca de la puerta de la señorial casa al final de la calle. Finalmente la boca se cierra y Setiembre es despedida al piso abruptamente. Grita y grita, pero ya no vuelve a ver a Manuel.

Se levanta del piso y mira por la ventana, pudiendo ver muchos hombrecillos verdes que tienen en su nuca una llave de cuerda casi tan grande como su cabeza. Todos en fila pasando por un escritorio en el que había otro hombrecillo verde que ostentaba adornos en sus hombros, y en el pecho, así como en su gorro de visera dura. Ese hombre toma la llave y les da cuerda a cada uno. Lo increíble es que cada vez que le da cuerda, ellos crecen y crecen, y Setiembre se ve cada vez más pequeña.

Sale corriendo asustada de allí hacia la casa, como esperanzada, pero solo encontró, la puerta abierta, el sillón vacío, la pipa caída en el suelo, el almanaque sin hojas, y al niño llorando en el corral, mientras que el olor a gladiolos se hacía cada vez más intensa

PRAGA MAGICA

Pájaro libre y Setiembre llegaron a la Ciudad vieja de Praga. El ya familiar reloj de la torre del Ayuntamiento les esperaba, como saludándoles. Presente hoy desde el remoto y no tan remoto pasado. Frente a él, y entre otros tantos turistas maravillados por esta plaza y su entorno, Manuel lo contemplaba. Tomó de su bolso la postal que lo representaba, y comenzó a escribirla. Setiembre se arrimó con su vestido azul descolorido, su cabello rubio desgredado, y sus pies descalzos. Su cara pálida y su boca temblorosa, quizás por frío, o por la emoción de estar en ese lugar, en ese justo momento. Se paró a su lado para ver como encabezaba la postal. La niña preguntó para quién era, a lo que él respondió: "Para mis hijas" ¿Y tú quién eres? Soy una niña que quiere estar hoy en este lugar contigo; ¿me lo permites? Sí, ven conmigo, dijo Manuel.

Así comenzó a andar con ese su andar desgarbado, y pensativo que lo caracterizaba. Envió una postal al Uruguay, se dirigió rumbo al

KARLUV MOST (el puente Carlos) que, arrogante, oscuro, enmohecido, en sus seis siglos, cruzaba el VLTAVA distinguiéndose entre otros tantos puentes que atravesaban el río. Setiembre tomó su mano y caminaron juntos por el paseo del puente. Un titiritero por aquí, por allí un pintor, un violinista, un escritor. Siempre algún artista praguense que embellecía el entorno. Fondo y forma del paisaje; fondo y forma también de una historia de mitos y leyendas. Los turistas se arrimaban a una en particular, la de San Juan Nepomuceno para tocarla. Manuel le dijo a Setiembre que la tocara en augurio de buena suerte, pero él no la tocó, como sabiendo que su destino así como el del Clérigo, ya no podían ser cambiados.

Se detuvieron en la orilla del VLATABA, majestuoso, caudaloso y profundo, lleno de oscuros e inentendibles misterios de historia pasional y guerrera, en todos sus tiempos. Y en una suerte de claridad, sus cisnes, volando su danza de primavera, en esa tra la ra lara, cristalino e inconfundible de Smetana. Entre los

cisnes pájaro azul danzaba y jugaba con ellos, mimetizándose en cisne.

De pronto surgió con fuerza una imagen. Desde la roca Vysehrad, la Libussa, blanca e intangible, observaba con mirada penetrante tanta grandeza por ella desde los inicios, predecida. A sus pies la hermosa ciudad, el río. Junto al río aquél, su amante, el cual no se cansaba, permaneciendo extasiado frente a tanta belleza.

Setiembre con Azul ya cansado en su regazo, la miraba y sonreía entre lágrimas lágrimas, entendiendo, satisfecha. La Libussa, lo quería por siempre allí con ella. Quizás adornando el río, como los cisnes, como los puentes, las estatuas, y las torres. Allí por siempre, justo en el más bello lugar que los ojos de Manuel dijeron ver.

Entre tanto, en el reloj astronómico de la torre del Ayuntamiento, la muerte tocó a difuntos, mientras los apóstoles saludaban.

Era el anuncio del presagio, plasmado en el instante eterno de una postal fechada el

veinticuatro de abril de mil novecientos sesenta y ocho.

NIEBLA EN EL ARROZAL

El crepúsculo engalanó el cielo y la pradera de amarillos y violetas. En medio del infinito y como surgiendo de la nada, entre tanto violeta, Setiembre, sentada en una mecedora de roble viejo, carcomido por el tiempo, se mecía, apoyando el mentón en sus rodillas. Su único compañero, el rítmico compás de la mecedora, rompe el oscuro silencio del atardecer. Su mirada perdida en el horizonte, buscando desde ya hace largo rato el registro vacío de la niebla del recuerdo, aquel que fuera el tan mentado arrozal.

Ya de noche, frente a ese cielo del sur, inconfundible, con su Vía Láctea, La Cruz del Sur y Las Tres Marías, vio avanzar una luz, que por un momento, disipó la niebla, y el alambrado fue tomando la forma del recuerdo. El ruido brusco de la moto rompió el silencio de la noche. No precisó abrir sus ojos para saber que él estaba allí, como siempre, con su moto Suzuki roja. Lo vio descender, cruzar el alambrado, y

traspasar la niebla. A lo lejos se divisaba la tenue luz de un fogón, que se afirmaba, a medida que caminaba entre las taipas.

Cansados por su agotadora jornada, los obreros del arrozal, habían armado su campamento para descansar, sin más techo que el cielo, y sin más abrigo que el calor del fogón, alguna copa de caña, y un plato de arroz. No había más que traer del almacén, con aquel pedazo de cartón que recibían como pago. Entre mate y mate, conversaron sobre el mundo que había fuera del arroz, sobre los trabajadores y sus derechos. Palabra ésta desconocida por aquel lugar. El cansancio le fue ganando a la palabra, también el hambre y el frío; poco a poco se fueron durmiendo junto al fogón.

Manuel se retiró silencioso con su cabeza baja, y con el frío de la noche calando profundo. Esta vez la policía, no lo habían obligado a salir. Su imagen se fue desvaneciendo nuevamente en la niebla del recuerdo, y en el oscuro silencio de aquella noche, y de esta noche, solo se volvió a oír, el arrogante sonido de una mecedora de

viejo roble, en la que adormecida, y también con frío, se hamaca la niña del vestido azul.

PEQUEÑA MACACHÍN MORENA

Que por qué aquella flor era blanca en lugar de negra. O por qué el camino ancho en lugar del estrecho. Y la luna. Por qué no la Luna en el día y el sol en la noche, Es quizás una simple cuota de misterio.

Que por qué no está aquí el río con sus puentes, y allí la plaza con su pérgola en ronda eterna. Y esas compuertas, dejando ver el otro lado de un recinto cada vez más estrecho en el que las flores se elevan cercenadas por el viento, y la ráfaga del tiempo las envuelve y las deposita en aquel viejo florero enmohecido que tampoco se queda quieto. De pronto el olor a fresco invade mis sentidos. Es aroma a macachines en la hierba, están allí, por todas partes, pues por suerte, a nadie se le ocurriría recogerlos en un florero, ni siquiera al viento.

Si es que uno pudiera ser más bonito que los otros, ese, comenzó a crecer. Era cada vez más grande a tal punto que ya no se parecía a un

macachín. Entonces me asusté y di vuelta el rostro para luego volver a mirar lo que pasaba: había una niña que emergía del centro mismo de la flor. Era la pequeña Macachín Morena. Una mano me entorpeció la visión de la pequeña Macachín naciente. Sacudió un pincel y lo depositó en la mesa. El pintor se retiró para mirar mejor el cuadro pero quedó paralizado por el asombro: había un espacio blanco vacío, justo en el lugar que hace instantes ocupara su pequeña Macachín Morena.

La “eme”

Había que recorrer la “eme” de Manuel, de maestro, de militante, y de muerte; y no era fácil esa letra del alfabeto, como tampoco lo eran las otras letras. Si eran mayúsculas, de imprenta, o cursiva, constaba de empinadas montañas por las que había que subir y bajar, y luego volver, a subir y bajar. Si la pensábamos en minúscula los reproches eran más leves pero el camino era más largo, y ni hablar si la escribíamos como sonaba, había que hacer piruetas con la “e” en el aire. Quizás para Pájaro Azul fuese más fácil que para que el que camina, porque todo lo mira desde arriba, y con las alas, el esfuerzo no es tan grande. Había que recorrer la “eme” y eso implicaba mucho más que una letra: el vértigo, el borde de la línea, el precipicio, y no caer en esa vertiginosa recorrida, o no quedar atrapado en la letra y sin salida. Quizás el recorrido se hacía dulce cuando la “eme” de maestro, escondida, aparecía.

Azul miró hacia arriba. Ramón hacía un círculo con la mano izquierda, mientras su mano derecha ayudaba al lápiz puesto que con una mano sola no podía. El maestro le sonrió y le dijo-“¿Qué te pasa muchacho?.;eres tan bueno en matemáticas y no puedes con ese lápiz”-. Entre medio de un blanco remendado pero muy almidonado, el chiquillo lo miró a los ojos y le dijo:- “espere un momentito que yo puedo maestro”-. Dibujando sin apoyo, el recuerdo, la “eme” de maestro que no castiga.

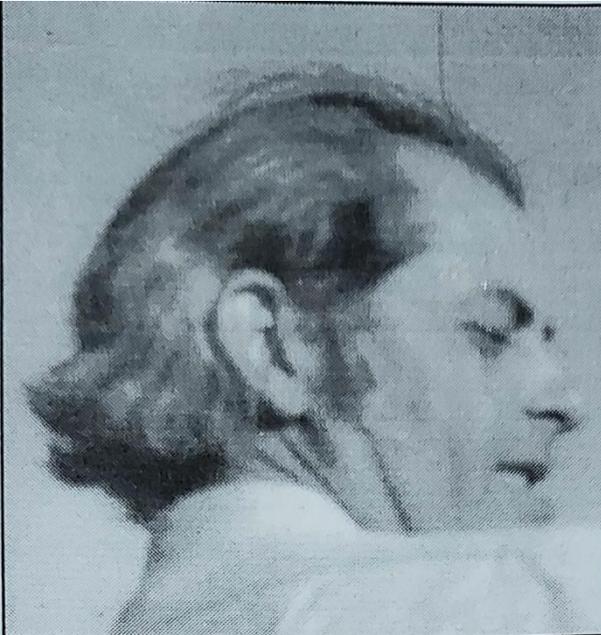
“... ¿Con qué palabras se despide al amigo muerto?”

Apagaré la luz de mi pieza y en silencio, confiado, seguiré esperando la mañana que se anuncia amorosa y nueva como una bailarina en punta de pie.”

Zito Lema, Vicente “Conversaciones con Enrique Pichón Rivière”
Amsterdam, enero de 1981.
Bs.As., Diciembre de 1984.

Y quizás justamente es esta una mañana de primavera, y nuestros ojos se abren y podemos ver que esa bailarina está aquí, y que sus pies se afirman en una danza que también es la nuestra, Tal vez en esa danza haya una ofrenda , en la ofrenda un sueño, y en el sueño un regalo. Entonces con los ojos abiertos te regalo un sueño, simplemente te regalo, un Pájaro Azul.

las fuentes



Manuel Toledo nació en la 7ª sección del departamento de Treinta y Tres el 17 de junio de 1930. Falleció el 23 de septiembre de 1978 a los cuarenta y ocho años de edad de acuerdo al certificado expedido en 8 de octubre 3020. Su cuerpo sin vida fue entregado unos días después en condiciones en las que era difícil reconocerlo, con una traqueotomía y con las manos atadas. Su familia no lo pudo ver antes de su muerte. A todos nos quedan las dudas acerca de las condiciones de su muerte, esas dudas difícilmente puedan ser evacuadas, pero no nos quedan dudas de que su muerte sea cual fuere la causa, comenzó con la dictadura uruguaya y el mismo día en que lo llevaron preso, dado que Manuel nunca retornó con la democracia porque ya había muerto.

Hay otro aspecto del cual no tenemos dudas, y es acerca de su vida, de su corta pero intensa vida de lucha por los derechos populares y de la justicia social.

Su historia comenzó en una familia humilde, creciendo sin madre y siendo criado por sus tías junto a sus hermanos en el marco rígido del catolicismo de la época. Pero él era sensible y rebelde, y pronto se independizó de las ideas familiares predominantes.

Estudió el Magisterio y lo ejerció, pero esto no le alcanzó y se volvió autodidacta, leyendo con avidez diversas disciplinas.

En enseñanza secundaria ejerció la docencia y la Secretaria del Liceo de Treinta y Tres.

Desde sus inquietudes y su rebeldía manifiesta desde joven, se movió en tres áreas entrecruzadas que compusieron su vida: lo familiar, la docencia y la militancia. La prioridad que signó su destino: la lucha por una sociedad más justa. Su elección; realizarla a través de un partido, el Partido Socialista del Uruguay, del cual fue en Treinta y Tres el Secretario. Su labor como militante: mostrarle a la gente lo que él sabía. Lo realizaba junto a sus compañeros, a través de audiciones radiales, y publicaciones en la prensa. Su militancia no solo política sino también sindical; así como el trabajo para sindicalizar a los obreros del arrozal Treinta y Tres.

En 1968 viajó por la Europa Socialista, conociendo las políticas sociales y económicas de estos países. En su recorrida fue Praga quien lo sedujo con su historia y su belleza.

En 1972 fue llevado preso al cuartel por primera vez, (sin contar las veces en que lo llevaban preso por arrimarse al arrozal) y luego fue suelto. Sus compañeros de partido

dispusieron todos los movimientos necesarios para que se exilara antes que lo apresaran nuevamente, pero Manuel se negó manifestando que no podía abandonar a sus compañeros, y a su país en esta situación. Al poco tiempo fue llevado nuevamente sin poder seguirle el rastro por los cuarteles de Treinta y Tres y de Melo, hasta que lo llevaron al penal de Libertad, su última morada.

Manuel “fue muerto”, así lo consideramos sea cual fuere la causa de su muerte, un 23 de setiembre. Su voz no se pudo volver a escuchar una vez terminada la dictadura militar, ni como exiliado que retorna, ni como preso político liberado.

Hoy, a veinte años de su muerte, vayan estas palabras en su memoria.



COMISION RECTORA DE VOTOS

CONSTANCIA ART. 6.º - LEY N.º 13.882

JUNTA ELECTORAL

de 19 71.

Elecciones del día 20 de Noviembre.

Nombre MANUEL TALLEO.

Credencial F. 0. 0. 1.º 1.º 1.º

Departamento ATACAMA. Circulo N.º 15.

Lista ordinal N.º 151.

VOITO

Manuel Talleo

[Signature]

FORM #1

REPUBLICA DE CHILE
MINISTERIO INTERIO **FIAA** Nº **1452**

Nombre y apellidos según conste en el documento presentado: Ricardo Toledo

Nombre y apellido actuales si difieren de los anteriores: _____

País y lugar de nacimiento: Chile y Pto. 3 y 2 de

Lugar y fecha de la inscripción: Santiago, Chile, 1952

Indic. Dist. Sexo Varón Ricardo Toledo

Sociedad _____

[Signature]
 Jefe del Departamento de Inmigración

Lugar y fecha _____

Traslado a Serie _____ Nº _____

Lugar y fecha _____

Traslado a Serie _____ Nº _____

Lugar y fecha _____

Traslado a Serie _____ Nº _____

Lugar y fecha _____

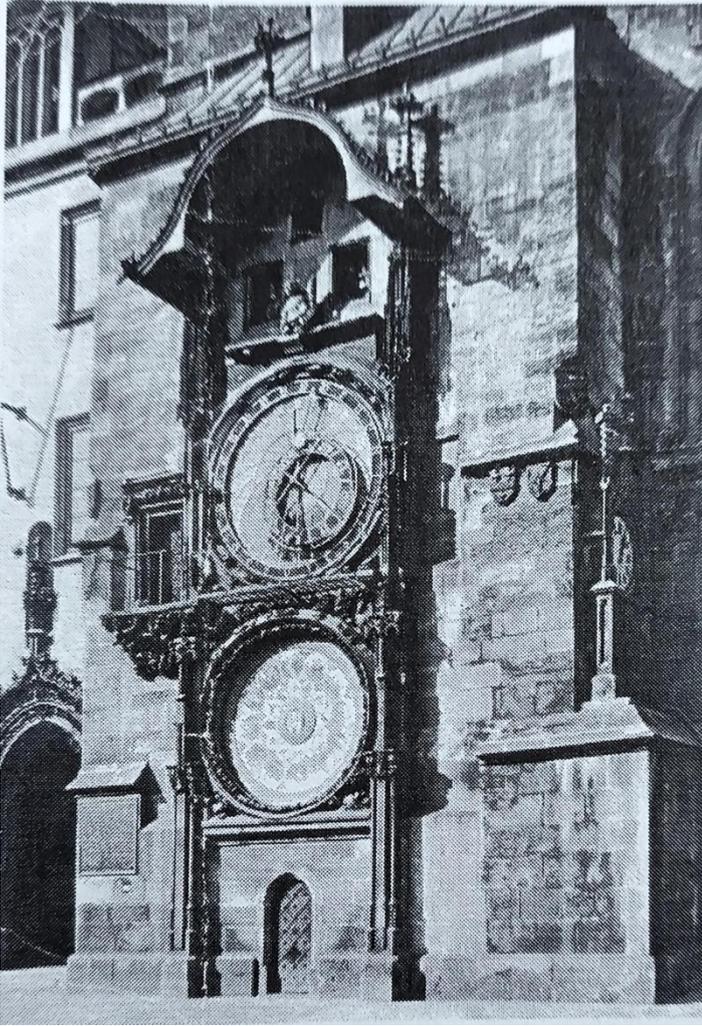
Traslado a Serie _____ Nº _____

Lugar y fecha _____

FIAA 1452 L







PRAGA

Starobrodsky & Delaf * Chocomanzana y Papaya * The Old
Green Clock * Dio eleridifre Turmalin * Lithology de la
Vaucluse-VIII

El rey de la Ciudad de Vieja de

Praga es un complicado mico.

mis mo que tiene cuatro sigla

Abanca los mases, los dias y los

horas. Los turistas, e incluye

el los mis moos habitantes

de Praga, se deti eno frente

te il para ver como los estatallas

que se en en la parte superior

por en el movimiento las

campanitas que amonician

las horas.

Praga. 23/4/968. 4 años

(E)

NO
OPEN
NO
OPEN

Mabel y Mirrita Toledo

B. Araújo 283

Treinta y Tres

URUGUAY

SUDAMÉRICA



Mirtita:

Por un año nuevo en que
florezca tu voluntad, y pue-
das en cada día mejor y
que puedas tener el orgullo
de crearte a ti misma en el
pensar y en el saber

Manuel

L 12/73

EMR N° 1

Manuel Toledo - N° 907 - 2° A - 3D

INDICE

Prólogo.....	9
El Pájaro.....	13
Ausencia.....	15
Manuel.....	17
Los vuelos.....	21
Setiembre.....	23
Un retorno.....	25
La Pérgola.....	27
El Túnel.....	29
Praga Mágica.....	33
Niebla en el arrozal.....	37
Pequeña Macachín Morena.....	41
La “eme”.....	43
Cita final (cita).....	45
Las Fuentes.....	47

Edición del autor.

Depósito Legal: 9140/98

Impreso en noviembre de 1998
en los Talleres Gráficos Vanguardia S.A., Ramón
Álvarez 215, La Paz, Canelones, Tel.2362 2011-
Fax 2362 2880

Mirta Toledo Graña, nació en Treinta y
Tres el 3 de octubre de 1958.

Está radicada en Las Piedras desde 1973.
Psicóloga universitaria, presenta desde
joven un gusto especial por la escritura.

Participa en el Taller Literario del Prof. y
Escritor Marcelo Pareja y se resuelve a
presentarles hoy su primer libro.